

M. GIL Y CASARES

HISTORIA CLÍNICA DE

LA DAMA DE LAS CAMELIAS





XX.4443 21 €

FB C102-22

CB 11033690

Títu. 603383

ARREÁN

Viene de Martín Barreiro

HISTORIA CLÍNICA  
DE  
LA DAMA DE LAS CAMELIAS



HISTORIA CLÍNICA  
DE  
LA DAMA DE LAS CAMELIAS

DISCURSO LEÍDO EN EL ATENEO LEÓN XIII  
EL DÍA 11 DE ABRIL DE 1908

POR

D. MIGUEL GIL Y CASARES  
CATEDRÁTICO DE CLÍNICA MÉDICA.



IMPRESO POR  
EL ECO DE SANTIAGO.





SEÑORES:

No habéis leído alguna vez *La Dama de las Camelias*? No amasteis un poco, en vuestros primeros años de juventud, á aquella linda y espiritual mujer, que si vivió como una pecadora murió como una cristiana? Puesto que todos tienen su alma en su almarío, no habéis sentido humedecerse vuestros ojos al recorrer aquellas páginas dramáticas? No conservasteis por mucho tiempo la inefable impresión de dulce melancolía que produce en toda alma sensible el libro de Dumas?

Yo también lo leí en mi primera juventud. También yo amé un poco, con Armando Duval, á aquella bella joven, cuyo aire desenvuelto y decente era propio de una cortesana ó de una duquesa. Pero yo olvidé, pues los años de ensueños amorosos pasan rápidos, y otras muy distintas preocupaciones son las que embargan nuestro ánimo.

Un día, recorriendo las páginas de un libro nuevo creí encontrar la imagen de la Margarita de Daudet. Primero, es una niña que apenas ha pasado de la pubertad; está vestida de blanco, y entre su cabellera larga y ondulada, destaca un rostro perfecto, que sonríe con dulzura.—

Después, la niña está por completo desnuda, el semblante dolorosamente contraído, los ojos entornados; la escualidez del cuerpo es tan extremada, que la piel trasparenta todos los huesos.—Por fin, la niña es ya cadáver; el pecho está abierto; los pulmones corroídos por la tisis.

Las emociones verdaderamente intensas dejan siempre un recuerdo pronto á despertar si las fibras del fondo del alma se conmueven. La niña, bella como La Traviata, me pareció aquella mujer vestida de blanco que Armando Duval vió un día descender de un coche; la enferma escuálida era Margarita en su lecho, cuando observaba cómo se consumía aquel cuerpo, que en otro tiempo tan caro habían pagado sus amantes; el cadáver traía á mi memoria aquel otro que Armando hizo desenterrar, aquellos restos infectos, los ojos convertidos en dos agujeros, las mejillas verdosas y hundidas, los cabellos largos, negros y secos pegados á las sienes huesosas, los dientes blancos apretados por la crispadura de la muerte.....

Cien veces veo dramas análogos al que Dumas ha idealizado. No son ciertamente sus principales protagonistas cortesanas á la moda; pero no por ello son menos reales y dolorosos estos otros dramas que se desarrollan en la intimidad de una familia ó en una sala de hospital y que acaso tienen su epílogo en la mesa de autopsias.—Y ved cómo, por lógico encadenamiento de ideas, yo, que soy simplemente médico, no literato, he buscado el tema de mi disertación en una de las más bellas joyas de la literatura, procurando acomodar mi discurso al carácter de esta culta casa, que me ha hecho honor muy señalado al encomendármelo.

María Duplessis (la «Margarita» de Dumas), tendría de 18 á 20 años en el año de gracia de 1845. Era hija de una tísica. «Mi madre murió del pecho, decía; es la única herencia que me ha dejado». En los tiempos en que Dumas escribió su novela, dominaba aun más que hoy día la creencia de que la tisis se hereda. Todavía no descubriera Villemin el hecho trascendental de que la tuberculosis puede inocularse. Lejos estaban también los tiempos nuestros en que había de averiguarse que el mal se contagia, que el contagio es un microbio y que la herencia tuberculosa, aunque de hecho existe, es cosa rara por demás. Para los médicos de entonces era la tisis un mal constitucional, incurable como el cáncer y siempre peor en la descendencia: Phthisis hereditaria omnium pessima...

Por esta razón tenía Margarita el presentimiento de que su vida había de malograrse pronto. No se malogró, sin embargo, la de aquella zafia y robusta labradora hermana suya, que alejada durante siete años de su lado por razones de honestidad, acudió presurosa desde la aldea para recoger y colocar al 4 1/2 cincuenta mil francos de los ciento cincuenta mil que produjo la almoneda de las cosas que Margarita había adquirido con su comercio y que sus acreedores se apresuraron á realizar después de su muerte!

La cara de Margarita era un óvalo perfecto; los ojos grandes, negros y velados por largas pestañas; la nariz fina, nerviosa, sensual; la boca regular, los dientes blancos como la leche. Era alta y delgada hasta la exageración, tanto que necesitaba emplear su arte supremo para que el contorno de las líneas simulara curvas que en realidad no poseía. Su delgadez misma era un encanto.

Estos rasgos de delicada belleza, esta grácil conformación, coincide con la que los médicos siempre llamaron «hábito tísico», que expone á la enfermedad, aunque otras veces es simple consecuencia de la misma.

Margarita solía llevar en la mano un ramo de camelias; veinticinco días al mes las flores eran blancas; cinco días seguidos eran rojas. Dumas no podía explicarse la razón del cambio de colores; pero Margarita nos la da delicadamente cuando, al aceptar el amor que Armando, apasionado, le ofrecía, no se entrega al instante y aplaza el cumplimiento de sus promesas carnales hasta que se marchite una camelia roja que le coloca en el ojal. «No siempre se pueden ejecutar los tratados el día que se firman», le dice.

Muchas tísicas podrían usar como Margarita las simbólicas camelias rojas algunos días del mes; otras tendrían que llevarlas siempre blancas si al simbolismo de las flores se atuviesen...

Con todo, Margarita trató de restablecer su salud en las aguas ferruginosas de Spa al empezar á advertir los primeros efectos del mal que traidoramente la invadía. Fué al poco tiempo de aquella primera entrevista en la cual tanto se había burlado de su tímido adorador. Margarita enfermó seriamente. Quizás sufrió uno de esos brotes tuberculosos agudos que alguna vez atacan con violencia á los enfermos incipientes; y aunque los amigos de la cortesana no ignoraban cuál era la índole del mal, que ella misma temía, posible es que quisiese dejarse engañar por apariencias.

La sangre suele empobrecerse cuando la tisis comienza. ¿No acuden muchas enfermas á los manantiales ferruginosos buscando remedio de la anemia que creen padecer? Pero los saga-

ces médicos de Spa interrogaron con esmero la salud de la cortesana, y después de una detenida consulta en la que convinieron, apenados, en que la joven estaba gravemente enferma, le recomendaron el reposo, el sueño y el silencio, atinados consejos, que por pugnar con el carácter y condición de Margarita, ésta no siguió.

---

Pasaron dos años. La tisis, implacable, había hecho tales estragos en Margarita, que Armando, al cruzarse con ella una noche en los pasillos de un teatro, no la reconoció y fué menester que un amigo le dijera su nombre.

Habéis tenido alguna vez una ilusión? La habéis acariciado por largo tiempo en vuestra alma? Si la ilusión llega un día á convertirse en realidad, ¿no habéis percibido cómo la primera se modifica rápida é intimamente para acomodarse tan por completo á la segunda que puede hacernos ver perfecciones en cosas que espíritus imparciales encuentran imperfectas? Ello es que en Armando renació impetuoso el amor dormido, que si fué platónico cuando Margarita se hallaba en el apogeo de su belleza, ya estragada por la enfermedad, ahora había de ser por breve plazo ardientemente sensual.

Hace ya largo tiempo, le dijo Margarita, que yo busco un amante joven, sin voluntad, amoroso sin desconfianza, amado en sus derechos. Pocos momentos antes, Margarita había cenado alegremente con sus invitados. La alegría parecía ficticia, necesidad de olvidar. A cada copa de champagne, sus mejillas se cubrían de púrpura, y una tos, ligera al principio, fué adquiriendo

tan dolorosa violencia, que al fin arrancó sangre al pecho desgarrado. La enferma corrió apresurada á su alcoba, donde Armando la encontró después de unos instantes desfallecida, casi, sobre un sofá, densamente pálida, sus vestidos entreabiertos, una mano, convulsa, sobre el pecho, y otra, pendiente, abandonada; delante había una aljofaina de plata, y en el agua flotaban hilos de sangre. Y al poco rato, esta mujer habla de amor sensual y trata de buscar satisfacciones carnales, que al parecer nunca había sentido, para olvidar, sin duda, sus dolores! No véis en estos fugaces, libidinosos deseos un síntoma morboso? Yo siempre he encontrado esencial diferencia entre la Margarita de Dumas y la Sapho de Daudet. Sapho, abofeteada, se entregó gustosa á su amante sobre el lecho aun caliente que otro amante, el expresidiario, acababa de dejar. Margarita, presa del escalofrío de la fiebre, tosiendo, asfixiándose, fué un día á implorar compasión de Armando y le hizo el sacrificio de su cuerpo, que ya no sentía impulsos sensuales. En Sapho la lascivia era condición natural, y en Margarita señal pasajera de la tisis.

Esta avanzaba rápida. La tos, incesante, provocaba hemoptisis diarias. «Los médicos me dicen que la sangre que yo expectoro viene de los bronquios, y hago que les creo; es todo lo que puedo hacer por ellos! ¿No decimos nosotros lo mismo á nuestros tísicos al no saber cómo tranquilizarlos? «Jamás se acuesta Margarita antes de las dos de la mañana, decía Prudencia, su falsa amiga; no podría dormir, pues la enfermedad del pecho le produce fiebre casi siempre.»

Armando en nada reparó; aceptó todas las condiciones que aquella mujer le imponía, y los amores quedaron concertados. Posible es

que Margarita no encontrase hoy tan ciegos y apasionados amantes, que éstos temieran beber el virus de la tisis al gustar las mieles de los labios de la mujer querida!

Disfrutaron los amantes las delicias de un querer sincero en su retiro del campo. «Esperando en su retiro del campo. «Esperando la metamorfosis moral de Margarita, dice Armando, una metamorfosis física se había operado en ella. Yo había intentado su curación, y la pobre joven, adivinando mis propósitos, me obedecía para probarme su gratitud. Sin sacudidas, sin esfuerzos casi, había conseguido desacostumbrarla de sus antiguos hábitos. Mi médico, con el cual la había consultado, me había dicho que sólo el reposo y la calma podrían conservarle la salud, de suerte que yo había substituido las cenas á deshora y los insomnios, por un régimen higiénico y un sueño regular. A pesar de ello, Margarita se acostumbraba á esta nueva existencia, cuyos efectos saludables ya experimentaba. La tos, aquella tos que al oír la me desgarraba el alma, había cesado casi por completo.»

Qué poderosos son los efectos del descanso, de la paz moral, de las caricias de la madre Naturaleza! Margarita, tísica en segundo grado, se reponía como tantos otros enfermos del pecho que saben cuidarse en el campo y en los cuidados perseveran. Quizás Armando hubiera conseguido devolverle por completo la salud del cuerpo, como se esforzaba en procurar la del alma. Mas, roto brutalmente aquel idilio, entregada de nuevo Margarita al desenfreno de to-

dos los vicios para olvidar el bien perdido, para ahondar el abismo que de su amante le separaba, para realizar aquél deseo vehemente de terminar cuanto antes su amarga vida, el mal, que dormitaba en sus entrañas, despertó vigoroso, y esta vez no perdonó, que jamás perdona á los tísicos cuando alcanza tales vuelos.

La enferma adelgazaba de día en día. Los hombres comenzaban á rechazarla, «porque los hombres que compran el amor, decía, examinan la mercancía antes de aceptarla».—La tos y la expectoración de sangre eran incesantes; la fiebre ardiente.—«La carta de tu padre, escribía á Armando, me ha producido mucho mayor alivio que todas las prescripciones del gran médico que me cuida».

Este gran médico era Chomel. Aquel hombre ilustre, no podía substraerse á la ridícula terapéutica que entonces imperaba, dice Darenberg el fisiólogo, y añade: ved, sino, cuáles eran los lamentables consejos que daba á María Duplessis, *La Dama de las Camelias*: fricciones con pomada de yoduro potásico; lavativas de agua de almidón con sulfato de quinina disuelto en vinagre; inhalaciones con infusión de amapolas; leche de burra con jarabe de tolú ó de capilaria.

¡Desdichada víctima de la enfermedad y de los médicos, de estos médicos polifármacos de los cuales pudo decir Voltaire que se complacían en echar medicamentos completamente desconocidos en un organismo mal estudiado todavía!

Margarita aún tuvo esas falaces y consoladoras esperanzas de curación que engañan á los tísicos que van á morir. «Sí yo fuese á curar!» decía. Pero esta esperanza de salud

sólo era un sueño. «De nuevo estoy en cama; mi cuerpo está cubierto de emplastos que me abrasan... Hace once noches que no duermo, que me ahogo, que creo morir á cada instante». Una noche, desesperada, excitada por la fiebre, se levanta penosamente de su lecho, se hace vestir de rojo para disimular su palidez cada-vérica, y va al teatro á contemplar fijamente la butaca que un día ocupó su amante. ¿No vemos á cada paso otros enfermos que cometen locuras semejantes en trances parecidos? Volvió á casa medio muerta. Al otro día, su ronquera, su tisis laringea —esta otra tisis tan penosa y frecuente en los grados avanzados de la pulmonar,— se había agravado en tales términos, que la enferma perdió por completo la voz. La postración avanzaba. Apenas podía coger la pluma para escribir. «Adios, amigo mío; perdóname que no te escriba más largo; pero los que dicen que me curan, me aniquilan á sangrias, y mi mano ya desfallece».

Y Margarita murió; murió por obra de Dios y de los hombres, de aquellos hombres que obcecados por lo que Broussais llamó un día ¡oh sarcasmo! «Medicina fisiológica» sangraban á los tísicos moribundos!

Faltaba el epílogo, la pública almoneda en aquella cloaca espléndida, dice Dumas, que la muerte había purificado. Todo se vendió á la puja; todo alcanzó precios fabulosos: los muebles, los objetos íntimos de tocador, las ropas más usadas por la tísica; marquesas y meretrices se las disputaron, y en aquellas miseras galas de la vanidad humana, que eran recuerdos de deshonorosas vanidades, iban envueltos gérmenes invisibles de otros dolores! Fué entonces cuando Dumas dió cien francos por un ejemplar del *Manon Lescaut* que tenía escrita sobre

la primera página aquella sencilla dedicatoria:

*Manon á Marguerite,  
Humilité.*

Si; seámos humildes! No juzguemos con excesiva severidad á aquellos hombres que vivieron en período de renovación de ideas, y que por la misma ceguedad apasionada con que las sustentaron, prepararon un porvenir más halagüeño. Confiemos en el que á nuestros hijos está reservado; y entre tanto, nosotros, los humildes, hagamos obra de vulgarización, de generalización tratándose de auditorio tan selecto como el que ha tenido la bondad, que le agradezco, de venir á escucharme. Estudiemos en el pasado. Grabemos en los espíritus las verdades confirmadas por la ciencia, y no olvidemos á los hombres que cultivan las artes, que si aquélla perfecciona la vida, éstas la embellecen.

HE DICHO.





Editado  
por  
El Eco de Santiago.  
1908





